

A las diez y cuarto de la noche llega a su destino y se agazapa en el parque, donde permanece durante horas. De pronto ve a María que baja del brazo de Hunter por la escalinata. Ambos caminan y conversan. Pero no pueden pasear mucho, porque comienzan a caer gotas de lluvia. Entran en la casa y Castel continúa espionando. Se enciende la luz en el dormitorio de Hunter, pero no en el de la joven. Castel siente que el mundo entero se derrumba:

«Sentí como si el último barco que podía rescatarme de mi isla desierta pasara a lo lejos sin advertir mis señales de desamparo» [156].

Castel permanece aún un rato más entre los árboles y la lluvia, hasta que decide trepar al segundo piso por la reja de una ventana. Sube y llega hasta el dormitorio de su amante, donde está acostada, y lo mira con tristeza, inquiriéndole:

«¿Qué vas a hacer, Juan Pablo?»

«Tengo que matarte, María. Me has dejado solo» [156 y 157].

Sin esperar un movimiento ni una respuesta de ella, llorando, le clava el cuchillo en el pecho y en el vientre, muchas veces.

Sale nuevamente a la terraza, sube al auto y regresa a Buenos Aires. Desde un café le telefonea a Allende, diciéndole que estará en su casa de inmediato, pues tiene que hablarle. Cuando se encuentra frente al ciego, le grita:

«¡Vengo de la estancia! ¡María era la amante de Hunter!»

Allende, con odio, grita a su vez:

«¡Imbécil!».

Exasperado por su incredulidad, Castel le dice:

«¡Usted es el imbécil! ¡María era también mi amante y la amante de muchos otros!... ¡Sí!... ¡Yo lo engañaba a usted y ella nos engañaba a todos! ¡Pero ahora ya no podrá engañar a nadie! ¿Comprende? ¡A nadie! ¡A nadie!» [158].

A las seis de la mañana se entrega en una comisaría.

Nos hemos dado el trabajo de mostrar íntegro el conflicto amoroso de Castel, aun anotando detalles que no interesan mayormente para explicar su neurosis, debido a que nuestro afán es dar una visión lo más exhaustiva posible de su personalidad, con el fin de facilitar la clasificación tipológica que haremos de él y que ya hemos adelantado.

Desgraciadamente para nuestra investigación, Juan Pablo Castel no hace ni siquiera la más mínima alusión a su físico. Nos da la im-

presión de que este aspecto para él no cuenta, ya que ni siquiera tratándose de su amada nos proporciona tales datos. Creemos que el amor es, en un principio, una atracción de orden material, que luego cede paso a otros valores. Sin embargo, María parece no haber causado ni la más mínima impresión con su rostro y su cuerpo a nuestro personaje, quien sólo nos indica que ella tenía pelo castaño. No sabemos nada acerca de la estatura de la muchacha, de su grosor, del color de su piel, ojos, labios, etc. Ya hemos señalado que Castel se sintió profundamente conmovido ante ella porque intuyó que era un ser igual a él en su soledad y manera de sentir. De su propio físico, pues, tampoco nos dice nada, pero sus particularidades psicológicas y nuestra experiencia con esta clase de individuos nos inclinan a imaginarlo de estatura regular, delgado, de aspecto huidizo y frágil, de hombros estrechos y un tanto encorvados hacia adelante, de piel fina y oscura, seca y pálida, de cabello abundante, pero delgado. Sus labios nos los representamos estrechos y tensos; sus manos, largas, huesudas y ocultas en los bolsillos al caminar, desplazándose como con apuro o nerviosidad. Su piel la creemos extremadamente sensible a las picaduras (recuérdese que cuando relata su salida de la cárcel destaca especialmente que se rascaba debido a los piojos que cogió en el inmundo recinto).

Al pensar en él recordamos a esos individuos ectomorfos cuyo cuerpo está siempre alerta y que manifiestan, con movimientos rápidos y prontos, cualquier reacción ante un estímulo. No podemos pensar en un Castel reposado. Creemos que su caos mental se evidencia en la imposibilidad de mantenerse quieto. Sus ojillos, como los de una laucha sorprendida, junto al queso, escrutan los ademanes, las miradas y las intenciones ajenas, en las que siempre imaginan percibir un afán oculto. Cree saber distinguir una mirada normal de otra que no lo es. Se revela este sentir cuando anota:

«... Respondió, mirándome con esos ojos penetrantes que los freudianos creen obligatorios en su profesión, y como si también se preguntará: ¿Qué otra chifladura le está empezando a este tipo?» [22].

Está seguro de tener un instinto poderoso para captar cuándo un ser humano se está preocupando de él con torcidas intenciones:

«Me ha sucedido muchas veces —dice— darme vuelta de pronto con la sensación de que me espiaban, no encontrar a nadie y sin embargo sentir que la soledad que me rodeaba era reciente y que algo fugaz había desaparecido» [72].

Ante personas a quienes su intuición ha catalogado como nefastas a primera vista, cree que debe mantenerse al acecho. Se maldice cuando se descuida, como le ocurre en la estancia de Hunter, cuando conversa con éste y Mimí:

«... Me di bruscamente vuelta, en dirección a Hunter, *para controlarlo*. Es un método que da excelentes resultados con individuos de este género...» [102].

Y un segundo después:

«Me maldije mentalmente por distraerme: con esa gente era necesario estar en constante guardia» [102].

Desconfía tanto de la sinceridad ajena, que nos parece ver la expresión de burla con que contempla a quien se atreve a decirle algo positivo acerca de él o sus cuadros. Porque está seguro de que nadie—excepto María—entiende sus telas. Todos las elogian por un estúpido afán de adulación que nada tiene que ver con lo que realmente sienten. Cuando se detiene a relatar una visita que hizo a un coctel de la Sociedad Psicoanalítica, anota que un médico le elogió los cuadros de tal manera que él comprendió «que los detestaba». Al recordar la conversación que sostuvo con Mimí y Hunter en la estancia relata:

«Después agregó una serie de idioteces a manera de elogio, repitiendo esas pavadas que los críticos escribían sobre mí cada vez que había una exposición: "Sólido", etc.» [103].

En general no alienta ninguna conversación en que alguien intente elogiarlo. Un individuo que posee estas características estamos seguros de que da la impresión a los otros de que algo le duele, que está pronto a llorar o... que su lugar no es precisamente la calle, sino un sanatorio. Es posible que haga visajes, que trague saliva, muy a menudo, o que no pueda mantenerse más de un minuto en una misma posición. Nos parece que distrae o trata de aliviar su tensión psíquica llevándose las manos a la boca, alisándose el pelo o estrujando nerviosamente un pañuelo.

Como ya hemos adelantado, Castel pertenece a los esquizotímicos de Kretschmer y a los cerebrotónicos de Sheldon. Sus rasgos temperamentales, sí, aparecen tan exagerados que perfectamente bien puede ser incluido en el grupo de los esquizoides de que habla el autor de «Constitución y carácter» y en el de los cerebrotónicos de Sheldon. Tal es la exageración, que en algunos aspectos (que cree-

mos se han hecho evidentes en las páginas anteriores) sobrepasa el límite de lo normal y cae de lleno en la esquizofrenia, y a veces en la paranoia. Trataremos, en todo caso, de fundamentar cada una de nuestras afirmaciones.

En nuestro personaje, como en todo esquizotímico de estructura corporal leptosómica, hay una superficie y un fondo, una apariencia y una realidad. Pero con él no ocurre lo que con don Luis de Vargas, el protagonista de «Pepita Jiménez», en quien se daba una realidad que no conocía. Si tanto él como los otros estaban equivocados frente a su verdadero fondo, con Castel el problema no es idéntico, pues en su afán introspectivo (característico también del esquizotímico) ha desmenuzado su personalidad hasta el punto de conocerse íntegramente, sin equivocaciones, sin modestia y sin recurrir, como otros individuos de personalidad perturbada, a la racionalización o a la proyección en el autoanálisis. El primer defecto que se atribuye es la vanidad, pero no se cree por esto un ser despreciable, ya que este pecado es común a todos los seres humanos:

«Supongan... que publico esta historia por vanidad. Al fin de cuentas estoy hecho de carne, huesos, pelo y uñas como cualquier otro hombre y me parecería muy injusto que exigiesen de mí... cualidades especiales; uno se cree a veces un superhombre, hasta que advierte que también es mezquino, sucio y pérfido. De la vanidad no digo nada: creo que nadie está desprovisto de este notable motor del progreso humano. Me hacen reír esos señores que salen con la modestia de Einstein o gente por el estilo; respuesta: es fácil ser modesto cuando se es célebre; quiero decir, "parecer" modesto. Aun cuando se imagina que no existe en absoluto, se la descubre de pronto en su forma más sutil: la vanidad de la modestia. ¡Cuántas veces tropezamos con esa clase de individuos!... La vanidad se encuentra en los lugares más inesperados: al lado de la bondad, de la abnegación, de la generosidad...» [13 y 14].

Es capaz de comprender que su costumbre de justificar todo cuanto hace, dice o piensa se convierte, incluso, en una manía, de la que continuamente se está disculpando («Me he apartado de mi camino. Pero es por mi maldita costumbre de querer justificar cada uno de mis actos»). Esta manía suya, con la que se mezcla constantemente su poderosa e indomitable capacidad de asociación mental, lo lleva a salirse del tema constantemente. Con ello se pierde en el laberinto de sus digresiones y confunde al lector. Así, por ejemplo, comienza su relato contándonos cómo vio por primera vez a María en una ex-